

El Teatro Romano visto por un periodista



El título e implícitamente el tema me los han sugerido los editores de ARSE. El teatro romano de Sagunto lo he visto siempre en calidad de noticia, que es como los periodistas, de una manera instintiva, vemos las cosas. Unas veces, el teatro romano, por el abandono en que se hallaba, constituía una noticia desagradable. Otras, como hace poco, en que ha servido para la representación de «La Orestíada», ha entrañado una muy grata información. Y creo que difundiendo y comentando estas noticias - las tristes y las halagüeñas - los periodistas valencianos hemos contribuido, en la medida de nuestras fuerzas a dar categoría y arraigo de precedente a aquella muy plausible iniciativa que tuvo el profesor Sanchez Castañer cuando, con la colaboración de un grupo de universitarios, puso en escena, sobre las ruinas del teatro romano, la «Numancia» de Cervantes. Y hemos contribuido también a mantener el teatro romano en un primer plano de la actualidad -pequeña y reducida- que se refiere a las inquietudes artísticas y culturales.

Que nadie piense, por favor, que pretendo exaltar en este caso, la importancia de la labor de los periodistas. Si nos atenemos a los resultados, llegaremos a la conclusión de que apenas si hay motivo para que nos sintamos satisfechos, pues el éxito de nuestras campañas ha sido muy precario. Luego

de habernos mostrado Sanchez Castañer, a través de la «Numancia», las extraordinarias posibilidades del teatro romano, aspirábamos a que las representaciones al aire libre en Sagunto se repitieran con frecuencia. Y, ya lo ven ustedes, no nos hemos salido con la nuestra. Siempre que se aborda la empresa de hacer teatro en Sagunto se tropieza con una interminable serie de dificultades, signadas casi todas ellas por el denominador común de lo económico. Y la tarea se convierte en una aventura ardua, ingrata y arriesgada. Detrás de los opeles de estas representaciones de «La Orestíada» se ocultan muchos sinsabores y muchos quebraderos de cabeza. Porque, entre otras causas, no es fácil cubrir el presupuesto de gastos que se deriva de un espectáculo de esta excepcional categoría.

Digamoslo sin rodeos ni eufemismos: Valencia, cual si no supiera lo que posee, no acierta en lo que conviene al teatro romano de Sagunto, a estar siempre, sin soluciones de continuidad, a la altura de las circunstancias. Y, como la atención que presta a este tesoro arqueológico es disciplente y esporádica, nuestro teatro romano no cumple todas las funciones culturales y turísticas de que es capaz, en favor de Valencia y los valencianos. Probablemente, desgraciadamente, con «La Orestíada» vamos a cubrir el expediente impuesto por unas determinadas

coincidencias. Después pasarán unos años hasta que volvamos a acordarnos de nuestro teatro romano. Mucho me temo que, mientras no haya perseverancia y apasionamiento oficiales en el empeño, el teatro romano, que podría ser uno de los mejores alicientes que ofreciera Valencia al turismo receptivo, no pondrá de manifiesto todas sus magníficas y quizás insospechadas posibilidades. Continuará siendo un tesoro oculto; un capital que, congelado, no produce objetiva y subjetivamente renta alguna.

Y a mí se me antoja que Valencia, por el privilegio de hallarse en posesión de este tesoro, se encuentra obligada, no solo a guardarlo y conservarlo celosamente -que es otro cantar-, sino también a lucirlo y a sacarle provecho. Lo que se pretende no es nada que se salga de lo normal. En las tradiciones artísticas de Valencia, figuran el teatro a la intemperie y las representaciones escénicas ante públicos multitudinarios. Pero, paradójicamente, se tiene, por lo general, en barbecho ese teatro romano que brinda una peana magnífica, insuperable, a tales tradiciones, simbolizadas por los consuetudinarios «Milacres».

Así veo yo, como periodista, con espíritu crítico, el teatro romano de Sagunto. Lo veo, pues, en su aspecto de tesoro al que, por desidia o por rutina, no se ha logrado proporcionar todavía unos cauces en los que desarrolle sus posibilidades con regularidad y esplendor. Porque, en estas condiciones, el teatro romano no sería, en contra de lo que algunos sospechan, un negocio ruinoso. Sería, en lo que atañe al prestigio cultural de Valencia, un altavoz de resonancia mundial. Y referido al turismo, una importante fuente de ingresos. Todo debe decir el periodista para que nadie se nos eche a temblar, pensando que, por puro romanticismo, pedimos desembolsos para el teatro romano. Se hace necesario, creo yo, afianzar el convencimiento de que, siquiera existe en este asunto un hermoso y desinteresado aliento romántico, el teatro romano, bien tratado, multiplicaría a la larga el dinero que en él se invirtiera, como, por ejemplo -y valga la comparación- multiplican el suyo, en provecho del comercio y la industria, las fiestas josefinas.

José María Arraiz

